

sa nuestro pecho, (1) y vamos clamando á todas partes: Amad al Señor: y el amor como un rio caudaloso, va llevando en sus aguas la vida, el encanto y las delicias que gozan nuestras almas en el eterno y soberano Dios; delicias y vida que desea comunicar á todo el mundo; y si acaso sentimos entibiarse nuestro celo, nos reprendemos á nosotros mismos, contemplando el manantial de vida eterna, la hermosa luz y la verdad que procede del seno del Padre. Dios nos ha comunicado cuanto tiene; ¡por qué nosotros pondríamos dique al impetuoso rio; y quisiéramos guardar la luz, oculta; y no decir, en fin, al mundo la verdad de Dios? Si nosotros callásemos hablarían las piedras. (2)

¡Y por qué no sale tambien, de nosotros, segun el lenguaje de los libros santos, una fuente de agua viva? ¡por qué no llevamos por doquiera, como fuego y luz, el nombre santo del Verbo del Señor, extendiendo en todo el mundo las llamas de su ardiente caridad? Hijitos míos, decia San Pablo, por quienes segunda vez padezco dolores de parto, hasta formar enteramente á Cristo en vosotros. (1) Y tambien: La caridad de Cristo nos urge. (2)

Que esas llamas, pues, abrasen y consuman nuestras almas; y pensando sin cesar en la gloria y las delicias que goza el Verbo del Señor, en el seno de su Padre, lo bendigamos y adoremos, sin descanso, hasta que, llegado el dia de nuestra dicha, podamos verlo claramente en los eternos y hermosos resplandores de aque-

(1) Hierem. XX, 9. (2) Luc. XIX, 40. (3) Galat. IV. 19.
(4) II, Cor. V. 14.

lla luz divina que los ojos de los hombres no pueden contemplar.

CAPÍTULO X.

EL PADRE Y EL HIJO EN EL ESPÍRITU SANTO.

§ I.

¡Cuál es el humano corazon que no ha sentido el encanto y las delicias del amor? Y léjos, muy léjos de nosotros tratar de esos tristes sentimientos que mancillan el alma y la degradan; que han usurpado aquel glorioso nombre; sentimientos que enturbian y corrompen las fuentes de la vida; y secan sus limpios y hermosos manantiales. Volvemos nuestros ojos al hogar doméstico; recordamos la dulzura de una amistad grata y verdadera; nos referimos, en fin, al bendito lazo que Dios ha hecho, admirable surtidor de la divina gracia. En estas bellísimas regiones, si así pueden llamarse, preséntase el amor, brindando con la dicha. ¡Cuán felices somos, en efecto, cuando amamos á todos aquellos con quienes tenemos una misma sangre! Nuestros padres y hermanos son para nosotros, objetos muy queridos: su dicha engrandece nuestra propia dicha: y el corazon del hombre se dilata en dulces y tiernas expansiones, al tratar con seres tan amados, viviendo bajo el mismo techo, teniendo los mismos intereses, y formando, en fin, no mas una familia.

gozan el Padre y el Hijo al amarse mutuamente, son un piélago sagrado, insondable, infinito, de dulzura y suavidad: ese abrazo eterno que los une es un vínculo de santo amor, más precioso que el oro, y tan amable y divino como el Padre y el Hijo. ¡Qué néctar dulcísimo y puro derraman los labios del Padre y del Hijo en el ósculo santo que se dan eternamente! Tú eres mi Hijo, hoy te engendré. Tú eres mi Padre. Y el Padre y el Hijo al amarse con eterno amor, gozan una dicha que el hombre no comprende; su delicia es ardiente, purísima, eterna, divina é inefable. Ese impulso sagrado, es tan vivo y ardiente que lleva al Padre hácia el Hijo, y lleva al Hijo Divino á su Padre, (1) si podemos usar nuestro humano é imperfecto lenguaje; y con todo, ese impulso es no más uno solo; y Ese Padre siempre ha estado en el Hijo; y Este Hijo siempre ha estado también, en su Padre. (2) ¡Oh adorable y profundo misterio! ¡Oh delicias del Padre y del Hijo, tan santas y hermosas, tan puras y dignas, tan dulces y amables!

El lazo que nos une con algun objeto que nos es querido, es para nosotros muy amado, hermoso y rico surtidor de encanto y de consuelo; dulcísimo descanso que ansioso anhelaba el corazón; el colmo de la dicha, la brillante corona de todos los deseos, prenda de valor inestimable, que conservamos cuidadosamente. ¡Cuántos recuerdos, gratos y amorosos, excita en nuestras almas! ¡Cuál será, por lo mismo, el ardiente y soberano amor que el Padre y el Hijo tienen al Espi-

(1) D. Th. I. p. q. 20. a. 2. ad. 1. Carboni. De Trinit. L. 1. c. 4.

(2) Non est accipienda processio, secundum quod est in corporalibus vel per motum localem, vel per actionem alicujus causae in exteriorem effectum, sed secundum emanationem intelligibilem. D. Th. I. p. q. 27. a. 1.

ritu sagrado, precioso vínculo de su eternal cariño? Y semejante vínculo no es exterior, sino que penetra hasta las profundidades de Dios mismo; (1) vínculo eterno, sagrado, adorable; y que procede del Padre y del Hijo, como el amor de la primera bondad. [2] La bondad primera; inagotable fuente de alegría, manantial de purísimas delicias, piélago infinito de dulzura, exuberante y rico gozo y todo esto rebosando sin cesar del Padre y del Hijo, en aquella adorable y divina Persona que es como el divino corazón del mismo Dios. (3) Y ¿no es del corazón de donde el gozo y la alegría más pura se derraman en todo nuestro sér? Y ¿qué será de ese amable Corazón del Padre y del Hijo, que de ambos recibe su vida, su fuerza y encanto, el incendio de su fuego, y los ardores de su pura y espléndida llama?

Tan santos y grandes misterios, una y otra vez nos piden bendición, alabanza y amor. Sea por siempre alabado y glorioso el Padre y el Hijo, que gozan y se aman en Aquél que procede de entrambos. Y esta gloria y alabanza divina, sea también del que une al Padre y al Hijo, y que reina por siempre con ambos; teniendo con Ellos la misma grandeza y esencia, el mismo poder y bondad.

§ II.

El Padre y el Hijo están en el Divino Espíritu, como el fuego está en el combustible. (4)

(1) I. Cor. II. 10. (2) I. p. q. 37. a. 2. Ad. Tertium. (3) Cartagena. L. 16. Hom. 2. (4) Glossa interl. in c. VI. v. 6. Isaiac. Rupert, in Isaiam. L. 1. c. 29.

La amistad, es un tesoro de riquísima valía. Quien halla un amigo verdadero, nos dice el mismo Dios, tiene una defensa poderosa; halla un tesoro. Nada hay comparable con el amigo fiel; ni hay peso de oro ni plata que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su fe. Bálsamo de vida y de inmortalidad es un amigo fiel; y aquellos que temen al Señor, lo encontrarán. Quien teme á Dios, logrará igualmente tener buenos amigos. (1) Defensa poderosa, riquísimo tesoro, bálsamo de vida, sinceridad á toda prueba; y todo esto cual precioso galardón con que Dios remunera á quien le teme.

El amor, en fin, es una fuente de inefable dicha que derrama sus copiosas aguas en el seno de aquellos que Dios mismo tiene unidos, con sagrado lazo.

Así la vida va pasando, tranquilamente, y nuestras sendas háyanse cubiertas por doquier de perfumadas y vistosas flores; y el amor, desde la cuna hasta el sepulcro, nos va cubriendo con sus blancas alas: su sombra nos refresca, su aliento nos conforta, sus encantos nos alegran, y quitan ó minoran el fastidio de la triste vida.

Mas esta dicha ¿podrá satisfacer el corazón del hombre? ¡Ah! que no hemos nacido para vivir eternamente acá en la tierra: pasamos, y con nosotros pasa semejante dicha; la dicha de este mundo, es vana, muy vana, como la sombra, y semejante á un pasajero que va corriendo, cual nave que surca las olas del mar, cuyo vestigio se pierde muy luégo; como el pájaro que vuela al través del aire, sin que deje ninguna señal de su

(1) Eccí. VI, 14, 17.

camino: y solamente se oye el sacudir de sus alas; cual una saeta disparada contra el blanco. Pasó esa dicha como el polvo que arrebató el viento; como ligera espuma que la tempestad deshace; como el humo que se disipa, como la memoria del huésped que va de paso, y sólo se detiene un día. Mas los justos vivirán eternamente, y su galardón está en la mano del Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos. Recibirán el reino de la gloria, y una brillante diadema. [1] Hé aquí el término feliz de nuestra suerte: al pensar en ésta, más y más se patentiza, que el amor de que tratamos no puede colmar nuestra ventura; y ántes bien contemplando su fugaz y ráudo vuelo, comprendemos la ciencia y la verdad de este consejo: El tiempo es corto, y lo que importa es que los que lloran, vivan como si no llorasen; y los que se huelgan como si no se holgasen; y los que hacen compras, como si nada poseyesen, y los que gozan del mundo, como si no gozasen de él: porque la escena de este mundo pasa en un momento. (2) Y no hablamos todavía de tantas amarguras y tristezas que afligen en la vida: el pecado y la desgracia proyectan sobre nosotros, repetidas veces, su funesta sombra, y hacen que lancemos un suspiro de dolor: ¡cuántas gotas de acíbar tenemos que beber en la dorada copa que acerca el amor á nuestros labios! Y despues, la muerte viene, y llévase consigo á nuestros padres; dispersa á los hermanos la fortuna; destruye el desengaño la amistad; y tal vez, los celos dividen para siempre, corazones que debían tener la mis-

(1) Sap. V. 9. 17. (2) I. Cor. VII. 29. 31.

ma vida. Al hallarnos afligidos y llorando en medio de tan grandes ruinas, si queremos el consuelo, es indispensable levantar los ojos, dando una dulce y serena mirada á Nuestro Dios querido; y decirle con David: Si mi padre y mi madre me abandonan, Vos, Señor mio, mi dulce protector, me poneis bajo la sombra de vuestro amparo celestial. (1) Ó bien recordamos estas dulcísimas palabras de Jesus: Ya no os llamaré siervos; os llamo mis amigos. No me habeis elegido vosotros á Mí sino que Yo soy el que os he elegido á vosotros. (1) Ó finalmente, estas de San Pablo: El que se une al Señor es un espíritu con Él. (3) ¡Oh maravilloso y celestial consuelo, el que nos da el Señor, en medio de las más grandes aficciones de la vida! Han muerto nuestros padres; mas no quedamos huérfanos; que Dios nos ha tomado por sus hijos. Nos han abandonado los amigos; pero tenemos con nosotros el mejor de todos, que nunca falta, al buen Jesus: los vínculos sagrados se han hecho mil pedazos; mas unidos á tan dulce Padre, ¿no gozaremos en su casto seno, las inefables delicias del divino amor, que hacen olvidar las inconstantes afecciones de la tierra?

Hé allí aquel monton de ruinas donde estábamos llorando, cubierto enteramente de vistosas flores, cuyo grato y exquisito aroma, alegra el corazon entristecido. Y entre todos los consuelos de que hablamos, uno existe mayor que los restantes: Dios nos quita el encanto y los gozos de la tierra para que recibamos otros, cuyas grandes y puras delicias son inestimables: ¿podré-

(1) Ps. XXIV. 10. (2) Joann. XV. 15, 16. (3) I. Cor. VI. 17.

mos comparar la tierra, con el cielo, el tiempo con la eternidad, y á Dios con sus criaturas? Por esto comprendemos que, si hay que gemir acá en la vida, ó tenemos que andar sobre una senda que cubren las espinas, tales sufrimientos son para nosotros, una dulce prenda del divino amor: y estos sufrimientos nos están diciendo que nos quiere para Sí nuestro amoroso Dios; y nos descubren su inefable y dulcísima clemencia. En efecto, el amor, el trabajo, las angustias y tormentos de la vida, de todo esto á cada paso, nos está rodeando, para impedir que le perdamos huyendo léjos muy léjos de su amable Majestad; y estos lazos, y esta prision amorosa, y estos continuos desvelos, prueban todos ellos, cuán grande es el cariño que nos tiene nuestro dulce Padre. ¿Soy acaso, preguntaba á Dios el Santo Job, un mar embravecido, ó alguna ballena, para que me tengas encerrado como en una cárcel? (1) Esta cárcel es para nosotros una gloriosa y sagrada mansion donde sin cesar estamos alabando la bondad divina. ¿Quién hay tan insensato que quisiese quedar libre y vivir en el olvido del Señor? Yo lo abandoné, dijo el Señor, hablando de su pueblo, y lo dejé ir en pos de los deseos de su corazon, y seguir sus devaneos. (2) Ved, pues, la triste suerte de aquellos desgraciados que pasando la vida en las delicias, no tienen contratiempos, ni pesares que los hagan recordar á Dios, elevando el pensamiento hasta su trono.

Que el Señor, pues, jamas nos abandone; mas cumpla en nosotros esta palabra: El Señor al que ama, lo cas-

(1) VII. 12. (2) Ps. LXXX. 13.

tiga; y á cualquiera que recibe por hijo suyo, lo azota y lo prueba con adversidades. (1)

Volvamos los ojos al Señor; en Él está nuestra ventura; y sólo en Él puede descansar el corazón del hombre: hé aquí el dulce objeto hácia donde el amor tiende sus alas con sereno vuelo: Dios á quien vamos buscando á todas partes; tan sólo Dios á quien ama el alma con cariño inmenso. El sólo pensamiento del Señor nos inunda de contento y júbilo: sabemos que nos ama con tierno y generoso amor; que quiere que lo amemos; y asegura á los que cumplen sus preceptos, eterna y dichosísima ventura. Él no se arrepiente de sus dones, ni puede faltar á sus promesas: nadie nos arrebatara de sus manos, ni hará que cambie su tierno y bello corazón de padre: si llegamos á poseerle para siempre, lograremos una dicha tan perfecta y grande, que jamás hubiéramos podido imaginar; porque el mismo Dios será nuestro rico y soberano galardón; y cuando entremos en su gloria, seremos semejantes á Él porque lo veremos como es en Sí. (2)

¿Quién puede comprender, tan gran ventura; y el encanto y las delicias con que el amor beatifica nuestras almas? y sin embargo, queremos contemplar la belleza de este amor divino, en su más pura y santa elevación levantemos, pues, el pensamiento sobre nosotros mismos, y vengamos á ocuparnos en el mismo Dios para vislumbrar siquiera, lo que podamos, sobre el encanto y las purísimas delicias que gozan el Padre y el Hijo en el Divino Espíritu con quien son un solo Dios ver-

(1) Heb. XII. 6. (2) I. Joann. III. 1, 2.

dadero.

¿De qué manera está el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo? Como el amante en el amado. ¿Hay en Dios amor? pregunta el Ángel de la Escuela. Si lo hay responde él mismo, porque el primer movimiento de la voluntad es el amor. (1) Hé allí aquella vital moción, aquel impulso divino que vive y reina eternamente con el Padre y el Hijo; aquel eterno abrazo, aquel divino y soberano gozo, aquella inefable suavidad, infinita y santa dicha, si acaso alguna de estas voces no es indigna del Divino Espíritu, en quien están amándose el Padre y el Hijo. [2]

La imperfección de nuestro amor consiste en que amamos muchas veces un objeto indigno; ó acaso traspasamos los límites de la verdad y la justicia; ó nos unimos al objeto amado, con ardiente frenesí: la falta también, de rectitud nos ocasiona lamentables extravíos. Y por último, ni nosotros hacemos dichoso al ser á quien amamos, ni podemos darle nuestra propia vida, ni él tampoco, siendo una criatura, puede hacerse una misma con nosotros; ni ménos darnos la dicha que no tiene. Si ahora levantamos la vista hácia el Señor; si nos ponemos á mirarlo un solo instante, contemplando la perfección infinita de su Sér, la unidad de la divina esencia, y cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un mismo Dios, omnipotente, infinito y eterno; y esas tres personas, santas y adorables, son enteramente iguales; si en todo esto pensamos un instante, veremos luego que aquellas delicias divinas que

(1) I. P. q. 20. a. 1. (2) D. August. De Trinit. L. 6. c. 10.